

Políticos de bochorno

(Diario de Navarra, 20. 05. 2003)

Aunque los políticos profesionales no suelen creerlo, la política podría ser la actividad humana más elevada y, su saber, el más excelente de todos. Ya digo que no acostumbran a dar muestra regular de ello, pero cuando se afanan en desacreditar más que nunca el quehacer público es en campaña electoral. Entonces las torpezas y cinismos son tales que abochornan.

La incompetencia que se ignora

Hacer de la política una profesión remunerada entraña el seguro riesgo del desentendimiento ciudadano, pero parece exigencia de una democracia en verdad representativa. Con todo, uno se pregunta por qué lo que no permitiríamos en las demás profesiones y lo que nadie nos consentiría en la nuestra, a saber, la *incompetencia*, eso se instale en nuestra política cotidiana sin mayor escándalo. Esta incompetencia no radica tanto en el escaso conocimiento de cuestiones económicas o legales con que los políticos tropiezan a cada paso, que esa clase de ignorancia procuran más o menos subsanar. Me refiero más bien a esa otra que consiste en la total ignorancia de los criterios de justicia que deben orientar sus acuerdos y la nula voluntad de entrar siquiera a considerarlos. Ellos no creen que tengan aquí nada que aprender. Sin apenas diferencias entre izquierda y derecha, la política se reduce a mera correlación de fuerzas en liza, la democracia se agota en el gobierno de la mayoría y pare usted de contar. Que antes de sumar preferencias públicas haya que tratar de educarlas, que para decidir ha de debatirse primero acerca de las razones morales a favor y en contra, que la política no es mera cuestión de técnicas y expertos, éstas son músicas celestiales. Aquí todo se resuelve sondeando opiniones, midiendo expectativas de votos, calculando costes, pagando favores, juntando gente en la calle, a lo sumo consultando artículos de ley ..., pero con absoluto desprecio de los criterios de legitimidad que justifiquen esta o aquella medida.

Así que dicen lo que dicen seguramente porque sólo saben lo que saben, pero seguramente tampoco quieren saber más para seguir diciéndolas tan satisfechos. Lo probable es que un mayor estudio privado y una mayor reflexión pública removieran sus seguridades, prohibieran sus tópicos más queridos y pusieran sus principios patas arriba. Sólo que todo ello les requeriría un esfuerzo que

no arroja grandes réditos electorales: a fin de cuentas, si no les reprochamos esta clase de incompetencia, es porque tampoco los ciudadanos ordinarios la echamos demasiado en falta. Los resultados a la vista están.

Barbaridades en un par de horas

El candidato Zabaleta ha dejado una organización que amparaba la lucha terrorista para fundar otra organización que pretende lo mismo pero por medios pacíficos. Es una conversión que deseamos para sus excolegas, un ejemplo que animamos a seguir, pero sin creer por ello que su programa se ha transfigurado y resulta ahora impecable. Un programa etnonacionalista, como es el suyo, no se convierte en democrático por el hecho de ser defendido por medio de la palabra; simplemente se ha vuelto pacífico, pero permanece igual de infundado y nefasto para esta comunidad.

De ahí las barbaridades en cadena que el otro día pronunciaba este preclaro hombre público en televisión: que existe un estricto paralelismo entre PP y ETA; que las presiones que puedan recibir de los más brutos los concejales de UPN resultan tan injustas como las que los tribunales ejercen contra los candidatos de AuB; que el camino político sería reverdecer un nuevo pacto de Lizarra-Garazi (léase Estella-St. Jean de Pied de Port), ese acuerdo de familia entre nacionalistas y terroristas. Dice que le preocupa más el futuro que el presente, cuando ese futuro que nos prepara no es sino la vuelta a un pasado inventado y siniestro. Sostiene (en plena coincidencia con Eusko Alkartasuna) aquello de que hay que admitir “todas las ideas, todos los proyectos, todas las personas”..., un lema tan nihilista como los tiempos que corren, tan contradictorio que consagra a la vez el programa opuesto al que enuncia, tan peligroso que equipara proyectos civiles y tribales. ¿Admitiríamos hoy pregonar una doctrina de la superioridad aria o que el exterminio de la basura judía fuera un designio tan legítimo como cualquier otro? Tantas lindezas las resume en la sobada consigna de “profundizar la democracia”, algo meritorio para quien se ha pasado media vida combatiéndola. Eso sí, nuestro hombre se considera pese a todo “radicalmente de izquierdas”, sin caer todavía en la cuenta de que sus presupuestos ideológicos son más bien radicalmente reaccionarios, predemocráticos, anclados en una presunta comunidad de sangre y lengua, y no de ciudadanos plurales y libres

Y sigue la ronda

Pero no está solo en sus sensatos pronunciamientos, como lo atestiguaban a la misma hora otros

aspirantes al gobierno del consistorio pamplonés reunidos en otro programa televisivo. ¿Que qué opinaban sobre la ilegalización de AuB? Tenían que oír al socialista pontificando que “toda ilegalización es aberrante”, aunque lo cierto es que unos “mueren” (*sic*) y otros “asesinan”. Otrótanto vinieron a expresar la candidata de IU y el convergente navarro, un caballero que nos advirtió de paso que su partido preconiza “una democracia pura”, ni más ni menos. No se quedó atrás en tal condena el cabeza de lista de EA, que comenzó por soltar esa genialidad de que “todas las ideas son respetables” (por si así cuele la suya), añadió que aquella injusta medida privaba de sus derechos a muchos e interrogaba al cielo por qué no se hacía lo mismo con Falange Española. Y para que nadie le niegue ecuanimidad, este viejo rockero de la política local remataba la faena: igual que él siempre se ha mostrado solidario (¿quién le exigirá más a este buen samaritano?) con las personas necesitadas de escolta policial y sin libertad para concurrir a elecciones, lo mismo debe ahora ofrecer esa solidaridad a quienes los jueces coartan en sus derechos electorales. Si a los primeros habrá que proteger de los segundos y si la prohibición de los segundos viene justamente para permitir el derecho de los primeros..., es algo que el señor Cabasés pasa discretamente por alto. Todo sea por no crispar.

¿Y qué pensaban hacer con el euskera en la política municipal? Estos prohombres, ninguno de los cuales lo conoce ni lo habla (lo que no es óbice para dirigirse al elector desde los carteles en esa lengua que tampoco es la materna de casi ningún pamplonés), se pusieron enseguida de acuerdo. Hay que aplicar la ordenanza municipal, respetar los derechos (¿) de los euskaldunes (¿), instalar los rótulos bilingües, etc. La Sra. Saralegui repitió el sonsonete facilón de los suyos, como si nunca hubiera escuchado las razones contrarias o porque no sabría cómo rebatirlas. El Sr. Calvo, a falta de mejor argumento, se permitió ampararse en la memoria de Joaquín Pascal, olvidando que mi amigo se arrepintió de haber contribuido a la ordenanza de marras, rectificó a tiempo en lo tocante al delirante callejero de topónimos y -una semana antes de su muerte- presentaba un recurso en la UPNA contra varias convocatorias de concursos que privilegiaban hasta el sarcasmo a los poseedores de diplomas en vascuence... El Sr. Ibero nos descubre ahora con arrojo que él defiende el euskera como “signo de identidad cultural de Navarra”, fíjense. Y el Sr. Cabasés, que ya hace diez años se dolía de que le habían privado de su “propia lengua”, pobre, propone un Consejo Municipal del Euskera en el que los expertos (¿) redacten el enésimo informe y un plan para normalizar lo que sólo puede ser anormal. Nadie aporta una sola razón que justifique lo que dice, nadie parece haber aprendido nada durante todos estos largos años. Todos se escapan, todos se refugian en la frase hecha, todos engañan.

El candidato del os/as

Y, a todas estas, quien se ofrece como presidente “para todos y todas” (el presidente del género, que diría un feminista) apenas disimula con un lenguaje políticamente correcto su conducta pública de una incorrección que avergüenza. ¿Llegará algún día a comprender el valor de la palabra, ya sea como argumento o como promesa? ¿Alguien sabría dilucidar si la política del Sr. Lizarbe mira a la ciudadanía navarra, a los intereses del partido socialista o tan sólo al Sr. Lizarbe? Pongan ustedes los adjetivos descalificativos que mejor le cuadren, que uno dispone de un vocabulario limitado. Sean cuales fueren sus resultados electorales, hasta aquí ha caído el socialismo navarro y cuesta entender que militantes honestos observen tanta degradación sin decidirse a refundar este partido.

El Sr. Lizarbe quiere arrebatarse el gobierno al partido de la derecha navarra, y hace bien. Lo malo está en intentarlo mediante la renuncia a sus modos de demócrata y a sus metas como socialista; o, para decirlo por sus efectos previsibles, al precio de aumentar la tensión civil de esta sociedad y la desatención de los navarros más desfavorecidos. Se comporta sin criterios democráticos no sólo por jugar con su electorado al perpetuo escondite de sus intenciones, como si -aun sin estar sometido al mandato imperativo- tuviera algún derecho a recibir votos en blanco que él rellenaría como mejor le convenga. No se puede desvirtuar con mayor empeño el sentido de la representación política. Se comporta además sin convicciones democráticas mediante el constante amago de sus alianzas con los abertzales, es decir, con quienes mantienen creencias etnicistas y planes soberanistas. Si ya sería inmoral (y suicida) establecer pactos de gobierno con quienes han mostrado su abierta complicidad con los cómplices de ETA, en nuestro caso -para colmo- esa complicidad conduce a desear para Navarra lo que la mayoría de navarros rechaza. Y, por si alguna vez lo hubiera poseído, parece dispuesto a sacrificar también su ideario socialista y a pagar contrapartidas destinadas a la construcción nacional antes que a una mayor justicia social.

En definitiva, y tan desnortado como Izquierda Unida, el Partido Socialista da la batalla que no debe y no se atreve a dar la batalla que debe. Por no querer distinguir dónde está ahora mismo el primer problema político de Navarra, la brutal pretensión nacionalista, rechaza como su primera tarea la de formar un frente democrático con los partidos constitucionalistas. Como tampoco sabe qué demandan estos tiempos mercantiles y desigualitarios en materia de reforma social, desiste de ejercer

en serio de izquierda frente a la derecha. Uno diría que se inclina así a favorecer políticamente a los nacionalistas vascos y socialmente a los conservadores navarros: justamente lo contrario de lo que nuestra sociedad más necesita.